



Ante una multitud volcada con un evento histórico, entre los que había cerca de 120 mil fieles católicos e incluso 4 mil musulmanes, el Papa Francisco celebró la Misa en el Estadio Zayed Sports City de Abu Dhabi, este martes 5 de febrero, último día de su viaje apostólico a los Emiratos Árabes Unidos.

El Santo Padre, asombrado por el entusiasta recibimiento, tanto dentro como en el exterior del estadio, estaba visiblemente entusiasmado. No paraba de sonreír, saludar y bendecir a los fieles que llenaban el estadio.

De hecho, teniendo en cuenta que el Zayed Sports City tiene una capacidad para 35 mil personas, la mayor parte de los asistentes siguieron la celebración desde el exterior.

Entre los asistentes, había fieles de más de 100 nacionalidades diferentes. En este sentido, la oración de los fieles se realizó en algunos de los idiomas principales de la comunidad católica local: coreano, konkani, francés, tagalo, urdu y malayo.

El ambiente era especial, y eso lo sintió el Pontífice. La experiencia del Papa en este viaje ha sido muy positiva, y así lo reflejó en su homilía, donde dio las gracias a la comunidad católica de los Emiratos “por el modo como vivís el Evangelio”.

“Se dice que entre el Evangelio escrito y el que se vive existe la misma diferencia que entre la música escrita y la interpretada. Vosotros aquí conocéis la melodía del Evangelio y vivís el entusiasmo de su ritmo. Sois un coro compuesto por una variedad de naciones, lenguas y ritos; una diversidad que el Espíritu Santo ama y quiere armonizar cada vez más, para hacer una sinfonía. Esta alegre sinfonía de la fe es un testimonio que dais a todos y que construye la Iglesia”.

Además, aseguró sentirse impactado por unas palabras que le dijo el Vicario Apostólico del Sur de la Península Árabe, Mons. Paul Hinder, en las que le explicaba que “no solo él se siente vuestro Pastor, sino que vosotros, con vuestro ejemplo, sois a menudo pastores para él”.

Francisco centró su homilía en las bienaventuranzas y explicó que “si estás con

Jesús; si amas escuchar su palabra como los discípulos de entonces; si buscas vivirla cada día, eres bienaventurado. No serás bienaventurado, sino que eres bienaventurado: esa es la primera realidad de la vida cristiana”.

“No consiste en un elenco de prescripciones exteriores para cumplir o en un complejo conjunto de doctrinas que hay que conocer. Ante todo, no es esto; es sentirse, en Jesús, hijos amados del Padre. Es vivir la alegría de esta bienaventuranza, es entender la vida como una historia de amor, la historia del amor fiel de Dios que nunca nos abandona y quiere vivir siempre en comunión con nosotros”.

En este sentido, llamó “bienaventurados” a los fieles en Emiratos. Ahora bien, advirtió que “vivir como bienaventurados y seguir el camino de Jesús no significa estar siempre contentos. Quien está afligido, quien sufre injusticias, quien se entrega para ser artífice de la paz sabe lo que significa sufrir. Ciertamente, para vosotros no es fácil vivir lejos de casa y quizá sentir la ausencia de las personas más queridas y la incertidumbre por el futuro”.

“Pero el Señor es fiel y no abandona a los suyos”, aseguró el Pontífice. “El Señor está cerca. Frente a una prueba o a un período difícil, podemos pensar que estamos solos, incluso después de estar tanto tiempo con el Señor. Pero en esos momentos, aun si no interviene rápidamente, él camina a nuestro lado y, si seguimos adelante, abrirá una senda nueva. Porque el Señor es especialista en hacer nuevas las cosas, y sabe abrir caminos en el desierto”.

Por otro lado, destacó que “para vivir las Bienaventuranzas no se necesitan gestos espectaculares. Miremos a Jesús: no dejó nada escrito, no construyó nada imponente. Y cuando nos dijo cómo hemos de vivir no nos ha pedido que levantemos grandes obras o que nos destaquemos realizando hazañas extraordinarias. Nos ha pedido que llevemos a cabo una sola obra de arte, al alcance de todos: la de nuestra vida”.

“Las Bienaventuranzas son una ruta de vida: no nos exigen acciones sobrehumanas, sino que imitemos a Jesús cada día. Invitan a tener limpio el corazón, a practicar la mansedumbre y la justicia a pesar de todo, a ser misericordiosos con todos, a vivir la aflicción unidos a Dios. Es la santidad de la vida cotidiana, que no tiene necesidad de milagros ni de signos extraordinarios”.

“Las Bienaventuranzas no son para súper-hombres, sino para quien afronta los desafíos y las pruebas de cada día. Quien las vive al modo de Jesús purifica el mundo”.

El Papa concluyó afirmando que “Jesús, que os llama bienaventurados, os da la gracia de seguir siempre adelante sin desanimaros, creciendo en el amor mutuo y en el amor a todos”.